

sar la compasion que habremos tenido hácia los desgraciados: *In die mala liberabit eum Dominus*. Seamos, pues, misericordiosos, y conseguiremos esta misma dicha; y en compañía de los pobres, á quienes habremos consolado y asistido, entraremos en la patria celestial, que á todos os deseo. Amen.

## DIVISIONES.

COMPASION.—Todos los cristianos deben pedir á Dios:

- 1.º Que les dé una compasion verdaderamente caritativa.
- 2.º Que no permita jamás, que nuestra compasion sea carnal.

COMPASION.—La que tenemos á los pecadores que siguen el camino de su perdicion, nos merece las gracias necesarias para continuar por el buen camino.

La que tenemos á los santos miéntras son perseguidos, nos hace partícipes de las gracias adquiridas con sus sufrimientos.

Véase: MISERICORDIA, y AMOR DEL PRÓJIMO.

## COMPLACENCIA MUNDANA.

*Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo.

(S. Matth. xi, 6.)

Este es el carácter por el cual el Salvador del mundo conoce á sus discípulos verdaderos; esta es la condicion que este hombre Dios les propone para que sean admitidos á su servicio, y para que sean dignos de vivir en su ley. Declárales, que es necesario tomar parti-

do; que no hay que esperar ser del número de los suyos, si no se ha tomado la resolucion de hacer profesion á cara descubierta de serlo; que es indigno de su Majestad cualquiera que, siendo cristiano, por una infame complacencia deje de parecerlo; que no basta para ser suyos creerle con el corazon, si no le confiesan con la boca; que no basta confesarlo con la boca, si con las obras no se muestra; al fin, que quiere hombres fervorosos, generosos, sinceros, que pongan su honra en tenerle por Señor, y su merecimiento en obedecerle.

Pues con estas condiciones excluyó de su reino á aquellos mundanos viles, que, léjos de declararse por Jesucristo, se avergüenzan de Jesucristo; que, léjos de honrarle, se escandalizan de él: y que no contentándose con escandalizarse de Jesucristo, le escandalizan cada dia en sus hermanos, inspirando á los demás la misma complacencia mundana que los domina. Esto es lo que propongo impugnar con este discurso: este empacho del servicio de Dios; este deseo de agradar al mundo, que destruye el culto que debemos dar á Dios. Quiero haceros ver su indignidad, su escándalo, su desórden: su indignidad por comparacion á nosotros mismos; su desórden por comparacion á Dios; su escándalo por comparacion á nuestros prójimos.

Hay unos que son esclavos de esta fatal complacencia; y hay otros que son sus autores. Hay esclavos de la complacencia mundana: á estos les mostraré, cuan indigno y cuan culpable es su proceder. Hay autores de la complacencia mundana: á estos les haré ver cuan escandaloso es su proceder. La indignidad de esta complacencia hará que la despreciemos. El desórden de esta complacencia hará que la condenemos. El escándalo que causa, hará que temamos sus consecuencias. Esta es toda mi idea. A. M.

1. En todos tiempos se han dejado los hombres dominar de la complacencia mundana, demostrando con esto un carácter de servidumbre y un carácter de cobardía: uno y otro indigno de todo hombre que tiene conocimiento de Dios; pero aun mucho más de un cristiano elevado por el bautismo á la adopcion de hijo de Dios. Atended, amados oyentes míos, y no se os pase nada de estas dos importantes verdades.

La complacencia mundana, ó sea una atencion escrupulosa á hacer todo lo que place al mundo, y á no hacer nada de cuanto pueda desagradarle, es una servidumbre vergonzosa. La llamo servidumbre; porque ¿qué cosa hay más servil que estar reducido, ó por mejor



decir, reducirse á sí mismo á la necesidad de arreglar su religion por el capricho ajeno? de practicarla, no segun los conocimientos y las luces propias, ni tampoco segun los movimientos de la propia conciencia, sino por el gusto ajeno? de no dar muestras de ella, ni cumplir con sus obligaciones, sino con sujecion á los discursos y á los juicios ajenos? En una palabra; ¿de no ser cristiano, ó no parecerlo á lo ménos, sino en cuanto otro gusta ó no gusta de ello? ¿Hay esclavitud que pueda compararse con ésta? No obstante, sabeis vosotros, y por ventura lo sabeis á costa de vuestra confusion, lo comun que se ha hecho y se hace aun cada dia en el mundo esta esclavitud, con ser tan vergonzosa.

Cuando habla S. Agustin de aquellos antiguos filósofos, aquellos sabios del paganismo, que, aunque idólatras, conocian á Dios por sola la luz de la razon natural, halla su suerte muy digna de compasion. ¿Por qué? Porque estando convencidos, como lo estaban, de que no hay más que un Dios, no dejaban de adorar á muchos por acomodarse con el tiempo. Observad esto, hermanos míos. Por una cobarde complacencia hacian aquellos sábios violencia á su entendimiento, y servian á unos dioses en los cuales no creian; miéntras que nosotros hacemos violencia á nuestra fe, y no servimos al Dios en quien creemos. Aquellos, contra su voluntad, pero por agradar al mundo, eran idólatras y supersticiosos; y nosotros, por el mismo principio, nos hacemos muchas veces, con repugnancia, disolutos. Pues portarse así, no es solo hacerse esclavo, sino esclavo en aquello mismo en que es ménos tolerable el serlo, y en que más debe preciarse de no serlo cualquier hombre de juicio.

Dejadnos ir al desierto, decian los hebreos á los egipcios, porque no podemos sacrificar libremente al Dios de Israel, miéntras estamos entre vosotros. Es, pues, necesario, que seamos libres en los sacrificios que le ofrecemos. En lo demás nos hallareis rendidos y obsequiosos; y por rigurosas que sean vuestras leyes, os obedeceremos sin dificultad; pero en lo que toca al culto del soberano dueño que adoramos, y á quien debemos solamente adorar, la libertad nos es precisa; y cuando os la pedimos, es en fuerza del derecho que á ella tenemos, y en fuerza tambien del mandamiento expreso que nuestro Dios nos ha dado, de no permitir jamás que nos la quiten. Pues así, hermanos míos, debe hablar un cristiano á quien la Providencia obliga á vivir en el mundo, y, por consiguiente, á mantener en él su religion. Antes que todo cuanto hay, ha de decir: yo me conformaré con las leyes del mundo; yo observaré sus costumbres; yo guardaré cuanto en él se tiene por decencia; yo me haré fuerza á

mí mismo si es necesario, para no hacer cosa que ofenda al mundo; pero en llegando á lo que debo á mi Dios, me he de sobreponer al mundo, y él no ha de tener en mí ningun imperio. Y si la tiranía del mundo llegase á tanto, que hubiese, en efecto, estados, en los cuales fuese imposible mantener esta santa y gloriosa libertad, con que Dios quiere ser servido; ó por mejor decir: si el hombre se sintiese tan falto de aliento, que desconfiase de poder servir libremente á Dios en él, debiera, á ejemplo de los israelitas, tomar el partido de una generosa retirada, y buscar en otra parte, lugar en que, libre del yugo del mundo, pudiese sin molestia y sin violencia tributar á Dios los obsequios de su piedad; haciendo para esto divorcio, no con el mundo en general, sino con aquellas especiales condiciones del mundo en que le habria enseñado la experiencia, que estaba su religion reducida á ser como impracticable.

La servidumbre de la complacencia mundana es tanto más vergonzosa, cuanto es, á la vez, efecto de una cortedad de espíritu y de una vileza de corazon que nos ocultamos á nosotros mismos; más nos la ocultamos en vano, y no podemos acallar la acusacion que por ella interiormente sentimos. Porque si tuviéramos aquel santo orgullo, aquella nobleza de sentimientos que infunde la cristiandad, diríamos osadamente como S. Pablo, Rom. 1, 16: no me avergüenzo yo del Evangelio. Imitaríamos á aquellos héroes del Testamento antiguo, que tenian por gloria practicar su religion, aun á los ojos mismos de la impiedad. No nos hiciera vacilar ni el número ni la calidad de sus personas: aunque fuéramos los únicos en el mundo, nos habiamos de tener firmes en esta resolucion; y aquel consuelo interior que sentiríamos en ser de aquellos que Dios se habia reservado, y no habian doblado la rodilla delante de Baal; quiero decir: el testimonio que nos diera nuestra conciencia de haber resistido el torrente de la idolatría del siglo, nos fuera, desde ahora, un fruto precioso de la victoria que habíamos conseguido de la complacencia mundana. Ved ahí las felices disposiciones en que nos pondria una libertad evangélica.

¿De dónde, pues proviene que no la tenemos? ¿qué es lo que nos detiene? Timidez y pusilanimidad. Mostramos una cobarde complacencia hácia el mundo, porque tememos sus censuras, con lo que confesamos, que no tenemos bastante fuerza para despreciarle, aun en aquellas ocasiones en que juzgamos que es digno de desprecio; y esta confesion basta para confundirnos. Tememos ser tenidos por hombres de poco espíritu; y no pensamos que este mismo miedo es flaqueza, y una flaqueza la más digna de compasion. Tenemos ver-



güenza de declararnos; y no vemos que esta vergüenza, por decirlo así, es mucho más vergonzosa que el declararnos, como deberíamos hacerlo. Porque ¿qué cosa hay más vergonzosa, que la vergüenza de parecer uno lo que es y lo que debe ser? Nosotros somos de Dios por todos los títulos más legítimos que puede haber, ya como hombres formados por sus manos, adornados con sus dones, rescatados con su sangre, herederos de su gloria; ya como cristianos unidos con él, con el nudo más indisoluble, y obligados con una profesion solemne á servirle; más en lugar de amarle con una santa osadía, y tomar su causa á nuestro cargo, la abandonamos y vendemos. ¡Vileza indigna de perdon! ¡Vileza que tan anatematizada está en el Evangelio, y tan manifestamente ha de ser reprobada en el juicio de Dios! pues el Hijo de Dios se avergonzará, entónces, de todos los que hubieren tenido vergüenza de declararse por él; negará á todos los que le hubieren negado; renunciará á todos los que le hubieren renunciado: *Qui erubuerit me, erubescam et ego illum.* Luc. ix, 26.

¡Ah! amados oyentes míos, seamos generosos y sinceros. Tenemos la dicha de pertenecer á la verdadera Iglesia; seamos, pues, cristianos sin ostentación; pero seámoslo de buena fe, y tengamos por honra el serlo y el parecerlo. Acordémonos de tantos mártires hermanos nuestros en Jesucristo. ¿Temian acaso la presencia de los hombres? ¿Se asustaban de una mirada ni de una palabra? ¿Por qué, pues, no los imitamos? ¿Por qué nos dejamos tan fácilmente llevar de la complacencia mundana?

Conservemos, hermanos míos, aquella generosa libertad de hijos de Dios á que hemos sido llamados. Declarémonos siempre por Jesucristo con una práctica constante, sólida, edificativa de cuanto la religion nos ordena. Si el mundo me criticare, porque no le complazco, yo me reiré de sus juicios. El Dios á quien sirvo, es un Señor tan grande, que le sobran títulos para que yo le haga un sacrificio del mundo: es un Señor tan poderoso, que es razon que yo le sirva, no como al mundo se le antojáre, sino á su gusto. Pues bien: su gusto es ser servido de almas libres, que no dependan de la vana estimacion de los hombres. Habeis visto ya la indignidad de la complacencia mundana; veamos su desórden.

2. En el órden de la salvacion no hay cosa más perniciosa, más detestable, más opuesta á la ley de Dios, ni más digna de las venganzas de Dios, que la complacencia mundana. La razon es, porque ella destruye en el corazon del hombre el fundamento esencial de toda la religion, que es el amor apreciativo que debemos á Dios: porque hace caer al hombre en apostasias, acaso más detestables

que las de los apóstatas de los primeros siglos, contra los cuales empleaba la Iglesia el rigor de su disciplina con tanto celo: porque es una tentacion que impide en el hombre el efecto de aquellas gracias más poderosas de que comunmente se vale Dios, para inclinarle á lo bueno y desviarle de lo malo. Y, por último; porque la complacencia mundana es el estorbo más fatal que se opone á la conversion de un hombre mundano, el estorbo que ménos se vence, y al que, segun la experiencia, nuestra flaqueza está más expuesta á rendirse. ¿No tengo motivo para proponeros estas cuatro razones, como las más eficaces para hacer impresion en vuestras almas? Aunque no trajera de ellas otra prueba de las que el mundo admite, ¿no bastaria para dejaros convencidos? Escuchadme, y no olvidéis jamás tan provechosas enseñanzas.

Dar á Dios la preferencia respecto de la criatura, y cuando llega el caso, no especulativa sino prácticamente, de hacer comparacion de uno y otro; cuando se ofrece la ocasion de sentenciar por el uno ó por el otro, poner á la criatura debajo de los piés por dar á Dios la honra que le es debida; éste es el principio sobre que se mueve toda la religion; y éste es el primero con que la complacencia mundana da en tierra. Porque ¿cuál es la razon de llamarla complacencia mundana, sino porque en muchas ocasiones dejamos de complacer á Dios por dar gusto al mundo? Dios me da á conocer su voluntad; hace que se me intimen sus decretos; pero el hombre, á quien deseo agradar, no los aprueba; y yo que he de ser quien ha de decidir, en tal caso, por no desagradar al hombre, vengo á hacerme rebelde contra Dios. Desde el momento que llego á este punto, no tengo ya religion, ó no tengo ya más que una sombra y una apariencia de ella. Pero pasa aun mucho más adelante este desórden, y sin contenerse en el corazon, se manifiesta más á las claras; pues, con mengua del nombre cristiano, la complacencia mundana hace caer cada dia al hombre en apostasias; no solo interiores y ocultas, sino públicas y manifiestas. Asistir al sacrificio augusto de nuestros altares con tales inmodestias, que no fueran capaces de practicarlas los más infieles mahometanos en sus mezquitas; asistir á este sacrificio como si no se creyera en él; concurrir al templo como á lugar aplazado; interrumpir los más sagrados misterios con conversaciones escandalosas; juzgo, con S. Cipriano, que es un género de apostasia de obra. No obstante, veis ahí en lo que os empeña el atender al mundo. Por ventura, en el mismo punto en que cometéis estas irreverencias, sois los primeros que las condenais y detestais; los primeros en deciros á vosotros mismos, y aun á vuestro pesar, que os haceis con ese procedimiento in-



dignos del nombre y del carácter de cristianos. Más porque el mundo os arrastra, y os quereis conformar con sus estilos, profanais con él lo más adorable y lo más divino que tiene la religion. Estas son unas apostasias que, comparadas con las de los primeros siglos, son más reprehensibles y ménos dignas de excusa.

Nos horroriza la conducta de aquellos infelices, que en las persecuciones olvidaban el juramento que habian hecho al recibir el bautismo, y negaban exteriormente á Jesucristo; y no nos parece que usaba con ellos de excesivo rigor la Iglesia, cuando nos dicen que los excomulgaba en castigo de su infidelidad. ¿Por qué? Porque su infidelidad, dicen los Padres, cedia en oprobio del mismo Jesucristo, y era necesario vengarle de él. ¡Ay! amados oyentes míos, hagámonos justicia: es verdad; estos cristianos flacos y cobardes, que á vista de los tormentos se pervertian y fingian que renunciaban á Jesucristo, caian en la apostasia; pero su apostasia, en algun modo, era digna de compasion. Pero ¿qué excusa tienen los fieles que renuncian á Dios por complacer á los mundanos?

De esto resulta otro desórden, y es: que la complacencia mundana hace inútiles los esfuerzos más poderosos de la gracia divina y los medios más eficaces de nuestra salvacion. Veis aquí mi pensamiento: siéntense disposiciones para una idea más ajustada y más cristiana; pero para complacer al mundo no se declara; de aquí, que estas disposiciones se quedan sin su efecto. Fórmanse deseos y designios de una verdadera conversion; pero se temen los discursos de los hombres, y este temor es causa de que aquellos deseos no salgan á luz. Se concibe la necesidad de la penitencia, y se toma resolucion de hacerla; pero no se quiere que el mundo lo entienda; y como para hacerla bien era necesario que lo conociera el mundo, jamás se hace. Sale uno de un sermon bien persuadido; pero no quiere parecerlo; y no querer parecerlo en la práctica es lo mismo que no estarlo del todo. Hácense reflexiones cuerdas en una enfermedad; tómanse medidas santas para en adelante; más se juzga que en la ejecucion es preciso irse con tiento respecto del público; y con eso nada se ejecuta. Esta enfermedad, este sermon, estas resoluciones, estos deseos, son unas gracias ya interiores ya exteriores, en las cuales consiste la salvacion en el curso ordinario de la providencia; pero suspende toda su eficácia una ridícula complacencia.

¡Ah cristianos! ahora entiendo yo toda la fuerza y todo el sentido de aquellas palabras de Tertuliano, cuando con cierto exceso de confianza decia, que daba por cierta su salvacion, si pudiera tener seguridad de no avergonzarse de su Dios: *Salvus sum, si non*

*confundar de Domino meo.* A primera vista, parece que era muy poca cosa á la que reducía su salvacion, pues con eso solo juzgaba que satisfacía á todos sus deberes. Porque en la apariencia ¿qué cosa hay más fácil que no avergonzarse de su Dios? ¿Es necesaria una perfeccion grande para eso; y es eso á lo que va á parar toda la religion de un cristiano? Sí, responde Tertuliano, yo lo defiengo; mi salvacion está segura si no me avergüenzo de mi Dios. Solo esto me dá seguridad contra la mayor violencia de las tentaciones del mundo; porque esto solo me hace vencedor del mundo y de cuanto en él hay más arriesgado para mí. Porque si no me avergüenzo de mi Dios, no me avergüenzo de temerle, de honrarle, de pedirle; no me avergüenzo de estar con respeto y humildad en su presencia, de ser sufrido por él y despreciado como él. Si no me avergüenzo de mi Dios, no me avergüenzo de la penitencia, ni de cuanto ésta me pide para convertirme á mi Dios de veras. Me resta hacer que veais el escándalo que hay en la complacencia mundana.

3. No hay escándalo en el mundo contra el cual no haya intimado anatema Jesucristo, cuando dijo: *Væ mundo à scandalis.* MATTH. XVIII, 7. ¡Ay del mundo por los escándalos que reinan en él! Ni hay escandaloso que no halle su condenacion en estas otras palabras: *Væ autem homini illi, per quem scandalum venit.* MATTH. XVIII, 7. ¡Ay del hombre que es la causa de que suceda el escándalo! Pues aunque es verdad, que la proposicion del Hijo de Dios comprende todos los escándalos, veis aquí, amados oyentes míos, uno que tenia principalmente á la vista, y no dudo que fulminaba especialmente contra él la maldicion de este horroroso anatema; este es el escándalo de la complacencia mundana. Esta cobarde y ruin complacencia causa infinitamente más daño á la religion, que los ejemplos de una disolucion manifiesta. El esclavo complaciente hace más prevaricadores que el pecador declarado; y cuanto mejor se sabe conciliar el mundo con Dios, tanto mejor se persuade que la salvacion no es un negocio tan difícil como ellos se lo habian imaginado. ¿Sabeis de donde proviene esta corrupcion general, que tantas lágrimas hace derramar á los verdaderos fieles? ¿Sabeis porque se ven tantos hombres sin fe ni ley, ocupados en blasfemar escandalosamente del nombre de Dios en medio de Israel? No busqueis la causa de esto más que en nosotros mismos: nos avergonzamos de la virtud, y el hombre lisencioso no se avergüenza del vicio: somos tímidos en la fe, y el incrédulo se aprovecha de nuestra debilidad y cobardía. Si como intrépidos siervos de Cristo nos mostrásemos tales como somos, la licencia se ocultaría, y la incredulidad quedaria confundida. Más, esa com-



placencia mundana nos obliga á parecer viciosos, aunque llevemos en nosotros las preciosas semillas de la virtud. Dios mio, ¿cabe mayor ni más contagioso escándalo? Esto es lo que movió á aquel generoso macabeo, el invicto Matatias, y lo que le excitó para hacer una acción que canonizó el Espíritu Santo, y que hará eterna su memoria. Vió un israelita que por una infame complacencia adoraba el ídolo públicamente: vióle, y arrebatado de un celo de Dios, que se convirtió en indignación, previno esta impiedad con dos sacrificios en uno; sacrificando sobre el mismo altar del ídolo, no solamente al impio israelita, sino al pagano que le forzaba á que lo fuese; y consagrando su cólera con la muerte de estas dos víctimas, que por orden de Dios sacrificó á la venganza de su nombre. ¿De dónde le vino este ímpetu de celo? del dolor que se apoderó de su alma; de pensar que el ejemplo de este sacrilegio sería luego seguido de otros muchos; y de la reflexion que hizo, que, en ocasion tal, el escándalo de uno solo tolerado y dejado sin castigo, bastaba para hacer caer toda la nacion.

¡Ah, hermanos míos! declaraos con santa libertad por la ley de Dios y sus máximas. Jesucristo proclama bienaventurado al que no se escandaliza de él; y por una consecuencia natural, declara desgraciados á aquellos hombres cobardes y complacientes con el mundo, que no se atreven á defender su causa, y se escandalizan de su doctrina y moral. Si por una débil complacencia fueseis infieles á vuestro deber, el mundo mismo sería el primero en condenaros. En vuestra presencia ensalzará hasta vuestros caprichos; pero detrás, hará sospechosas hasta vuestras mejores prendas, como si se arrepintiera de haber alabado con falsedad unas virtudes falsas. Condenadle, pues, vosotros con vuestras palabras y acciones; y esta condenacion os hará dichosos acá en la tierra, y será una prenda preciosa de la recompensa eterna que nos está prometida en el cielo.

## DIVISIONES.

COMPLACENCIA. — La gente del mundo está ciega cuando se complace en el pecado.

Los mundanos son hipócritas cuando muestran complacencia por la virtud.

Los mundanos se vuelven libertinos cuando se les lisonjea.

COMPLACENCIA. — La complacencia es siempre generosa cuando es fruto de un amor santo.

La complacencia es siempre ineficaz cuando nace de un amor desordenado.

COMPLACENCIA. — Lo más indigno en un eclesiástico es la complacencia mundana.

Lo más digno en un eclesiástico es la complacencia apostólica.

Véase: RESPETO HUMANO.

## COMUNION.

## (DISPOSICIONES PARA LA)

## I.

*Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat.*

Por tanto pruébese el hombre á sí mismo; y así coma de aquel pan.

(Corint. xi, 29.)

Si alguna vez puedo subir á este púlpito altamente dolorido de la muerta, ó casi muerta fe de innumerables cristianos, es seguramente en este día, en que vengo á explicaros las disposiciones necesarias para recibir dignamente á nuestro soberano Señor sacramentado. Este Dios es aquel, amados míos, en cuya presencia cubren su rostro de puro respeto los serafines, las potestades del cielo tiemblan, y todos los espíritus angélicos se postran. Este Señor es á quien adoran las vírgenes, los confesores, los mártires, los patriarcas, profetas, apóstoles y demás santos de la gloria. Este gran Dios es á quien los mortales reciben en su pecho: su deificada carne comen y su sagrada sangre